

me tiene el señor Agente de Policía de Profilaxis Venérea meditando en el problema del amor. Ya Aristóteles—el inconmensurable—había reconocido que ningún problema tiene más importancia para el hombre y ninguno es de más difícil resolución. De eso hace 24 siglos y estamos en la misma perplejidad. No digo que estemos en la misma posición. Los hombres de los laboratorios—no los moralistas ni los legisladores—mejoran día a día el lado material de las cosas. Schaudinn, v. gr., descubre en 1905 la causa de la sífilis, y Ehrlich instituye en 1910 el tratamiento arsenical.

El señor Agente, que es un antiguo amigo mío, me consulta sobre la prostitución. ¿Qué le voy a responder? ¿Qué es la prostitución? ¿Dónde comienza y dónde termina? ¿Vamos a seguir sosteniendo, como los diccionarios, que sólo hay prostitución cuando hay PUBLICIDAD repicada? ¿Es posible perseguirla sin cometer inconfesables injusticias?

Si damos a la palabra prostitución su extenso y verdadero sentido, hemos de reconocer que contra ella no disponemos sino del arma de siempre: la instrucción. Y hemos de reconocer en seguida que esta vez nuestra arma se muestra sin gran filo. Hoy, como hace 20 siglos, estamos cual Jesús frente a la mujer adúltera y hemos de repetir: quien esté limpio de pecado, que arroje la primera piedra. Ante los pecados de la carne,